

## Una «brújula segura»

Han pasado ya los primeros cincuenta años desde la clausura del Vaticano II y a algunos les parece que todavía la Iglesia no ha asumido el concilio. ¿Es de verdad conocido? La aplicación de las directrices conciliares es siempre lenta, y se necesita una cierta perspectiva histórica: «Los tiempos de un posconcilio –afirmaba Benedicto XVI el 27 de julio de 2007– casi siempre son muy difíciles. Después del gran concilio de Nicea, que para nosotros es realmente el fundamento de nuestra fe, pues de hecho profesamos la fe formulada en Nicea, no se produjo una situación de reconciliación y de unidad, como esperaba Constantino, promotor de ese gran concilio, sino una situación realmente caótica, en la que todos luchaban contra todos. [...] Por tanto, con una visión retrospectiva, ahora para todos nosotros no constituye una gran sorpresa, como lo fue en un primer momento, digerir el concilio y su gran mensaje. [...] Crecer siempre implica sufrir, porque es salir de un estado y pasar a otro». De momento, el posconcilio ha supuesto más un terremoto, un «invierno» decía Karl Rahner (1904-1984), al que debe seguir una primavera. Pero ¿cuándo? De hecho, se ha comparado el concilio con una intervención quirúrgica de la que la Iglesia debía recuperarse poco a poco.

Juan Pablo II lo llamó también la «brújula segura» para navegar por la Iglesia y el mundo del tercer milenio: con esta brújula la

Iglesia puede aventurarse a navegar sin perderse por los mares del mundo contemporáneo. En estas páginas proponemos en primer lugar el *contexto* histórico y cultural, seguido de «un paseo» por su *historia*. Hemos escogido como principales compañeros para este recorrido a los papas que intervinieron de modo directo en el concilio: san Juan XXIII fue el «profeta» que lo convocó y el beato Pablo VI el «arquitecto» que supo llevarlo a cabo; san Juan Pablo II y el actual papa emérito Benedicto XVI eran entonces unos jóvenes obispo y perito conciliar, respectivamente. Ellos nos ofrecen una guía cercana de las sesiones conciliares. Este es pues tan solo un relato entre los muchos posibles, pero hemos de reconocer que sus guías son de excepción. También el papa Francisco está demostrando ser un buen seguidor de las disposiciones conciliares, especialmente en su espíritu misionero (un teólogo latinoamericano decía que también él era «puro concilio»). El Vaticano II visto por los papas, por tanto, junto con otros tantos testimonios de «protagonistas del concilio», según expresión de Grottaers.

Podríamos continuar igualmente esta imagen cartográfica propuesta y situar los *cuatro puntos cardinales* del concilio en las cuatro grandes constituciones, en torno a las cuales dispondremos en la segunda parte los documentos del Vaticano II: la Liturgia presentada en *Sacrosanctum concilium* (1963), la Escritura tal como aparece en la *Dei Verbum* (1965), la Iglesia descrita en la *Lumen gentium* (1964) y el mundo visto por la *Gaudium et spes* (1965). En medio de las cuatro constituciones se encontraría el mismo Cristo: a Él se llega por medio de la Palabra y la Liturgia, y la Iglesia es la continuación de la misma acción de Cristo que se dirige al mundo. Como decían los padres de la Iglesia, Cristo es el sol, y la Iglesia, la luna que refleja la luz del sol. El Vaticano II sería por esto un concilio profundamente cristocéntrico. Aquí tenemos pues los cuatro ejes, los cuatro puntos cardinales, y su núcleo central. En torno a ellos, disponemos el resto de los documentos conciliares, para acabar con el decreto sobre las misiones, por la interpretación misionera que le está dando el papa Francisco a su pontificado. Por tanto, podremos ir situando los demás documentos de menor

rango –decretos y constituciones– en torno a estos cuatro polos; en todo esto se puede ver la arquitectura, la composición orgánica del concilio entero.

Pero si nos distanciamos un poco más y ampliamos la perspectiva, podemos advertir también *tres grandes núcleos*, casi tres círculos concéntricos. En un primer nivel más amplio podríamos ver el descubrimiento del mundo y la persona por parte del evento conciliar; sería un primer nivel de lectura antropológico, aunque veremos que será una antropología cristológica. En un segundo nivel y en correlación con el anterior, la eclesiología: siempre se ha dicho que, junto al Vaticano I, su continuación será también un concilio eclesiológico, al proponer una imagen de la Iglesia tal como fue desarrollada en los primeros siglos del cristianismo. Así, este segundo nivel será eclesiológico. Pero el núcleo más íntimo del concilio lo constituye la cristología, pues habla también de Cristo presente en el Pan y en la Palabra, en la Liturgia y en la Revelación. Si en los primeros siglos (Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia), se desarrollaron las cuestiones trinitarias y cristológicas, en Trento es abordado el problema de la salvación y, en los concilios vaticanos, la eclesiología, si bien es cierto que también el Vaticano II propone a Cristo como el núcleo del que depende toda eclesiología y antropología. Cristo, la Iglesia y el mundo son los tres círculos concéntricos desde los que puede ser entendido el concilio.

«El concilio –decía Benedicto XVI el 10 de octubre de 2012, a los cincuenta años del inicio de los trabajos conciliares–, por decirlo así, se nos presenta como un gran mosaico, pintado en la gran multiplicidad y variedad de elementos, bajo la guía del Espíritu Santo. Y como ante un gran cuadro, de ese momento de gracia incluso hoy seguimos captando su extraordinaria riqueza, redescubriendo en él pasajes, fragmentos y teselas especiales». El concilio tiene todavía muchas virtualidades ocultas, que el tiempo nos permitirá ir comprendiendo cada vez mejor. Apreciamos también la unidad de sus enseñanzas, a pesar de un origen en apariencia disperso y caótico. Como veíamos, tras unos primeros con-

cilios en los que se aclararon los puntos principales sobre Cristo y la Trinidad, tenemos el concilio de Trento, en el siglo XVI, que clarificó puntos esenciales de la doctrina católica ante la Reforma protestante, y el Vaticano I, que solo tuvo tiempo de emanar dos documentos sobre el conocimiento de Dios y sobre el primado petrino y la infalibilidad pontificia, al ser interrumpido por la ocupación de Roma en septiembre de 1870. Por su parte, el «papa de la razón» resumía la *idea central* del Vaticano II en la siguiente:

El cristianismo en su esencia consiste en la fe en Dios, que es amor trinitario, y en el encuentro, personal y comunitario, con Cristo que orienta y guía la vida: todo lo demás se deduce de esto.

Además, queremos ofrecer aquí una «nueva hermenéutica» del concilio, independiente de la versión oficial hasta ahora dominante, según un «evento» o un presunto «espíritu del concilio» independiente de la letra y de los documentos conciliares. Tal vez la propuesta de Benedicto XVI el 22 de diciembre de 2005 puede ser orientadora: «la *“hermenéutica de la reforma”*, de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino». *Ressourcement* lo había llamado la teología francesa preconiliar, «renovación a partir de los orígenes», lo llama Kasper. Por tanto, seguir la secuencia Cristo-Iglesia-continuidad-reforma constituye una buena clave de lectura. Fue algo que dijo al principio de su pontificado, y que repitió poco antes de renunciar a él, en aquella *lectio divina* el 14 de febrero de 2013:

El verdadero concilio ha tenido dificultad para concretarse, para realizarse; [...] pero la fuerza real del concilio está presente y, poco a poco, se realiza siempre más y se convierte en la verdadera fuerza que después es también verdadera reforma, verdadera renovación de la Iglesia. Me parece que, cincuenta años después del concilio, vemos cómo [...] aparece el verdadero concilio con toda su fuerza espiritual.

Frente a una interpretación vaga y vaporosa del concilio como un evento, un acontecimiento, un espíritu como pretexto para las propias opiniones, proponemos aquí una (re)lectura a partir de la historia y los textos. Se suele aducir que «la letra mata, el espíritu vivifica» (2Co 3,6), cuando san Pablo se refiere a la antigua ley abolida por la nueva alianza, y no por tanto al concilio. Además, el verdadero «espíritu» del concilio solo se puede conocer a través de la «letra»; el Vaticano II se encuentra en sus mismos *textos*. Por eso constituye una buena base la doble lectura contextual que realizamos en estas páginas, a partir de la historia para llegar a los contenidos doctrinales de los dieciséis documentos del concilio. Además, existen tres libros que sirven como síntesis y frutos maduros del Vaticano II: el misal de 1970, los códigos de derecho canónico latino y oriental (1983-1990) y el *Catecismo de la Iglesia católica* (1992-1997). A esto se une el magisterio pontificio posconciliar de Pablo VI (la vida, el diálogo y la Iglesia), Juan Pablo II (Cristo, la familia, los laicos), Benedicto XVI (la Escritura, la Eucaristía, los pastores) y el papa Francisco (el mundo, la misión, los religiosos). Con todo ello tenemos una buena guía para navegar por los mares del tercer milenio.

Los concilios son lentos de asimilar. Como veíamos, se lo ha comparado a la convalecencia después de una operación quirúrgica: requiere tiempo... y la acción del *Espíritu*. Recordábamos cómo, tras el concilio de Nicea, celebrado en el año 325, tuvo lugar el auténtico terremoto de la crisis arriana; la recepción fue todo menos pacífica. En la parte oriental del Imperio romano no se llegó a la paz y a la comunión en la fe de modo definitivo hasta finales de ese siglo. Del final del Vaticano II han pasado ya cincuenta años, aunque tal vez los acontecimientos discurren con mayor rapidez en la actualidad. El papa Francisco, en la encíclica *Evangelii gaudium* (84), recuerda que

a los cincuenta años del concilio Vaticano II, aunque nos duelan las miserias de nuestra época y estemos lejos de optimismos ingenuos, el mayor realismo no debe significar menor confianza en

el Espíritu ni menor generosidad. En ese sentido, podemos volver a escuchar las palabras del beato Juan XXIII en aquella admirable jornada del 11 de octubre de 1962: «[...] En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, aquella lo dispone para mayor bien de la Iglesia.

El Vaticano II es sobre todo el concilio del siglo XXI. Los que hemos nacido durante o después del concilio tenemos una visión un tanto distinta de él; no lo hemos vivido directamente, sino que hemos experimentado de modo inmediato el llamado «posconcilio». Es decir, el primer posconcilio. Hemos conocido también de cerca los pontificados de Juan Pablo II, Benedicto XVI, el papa Francisco... Tenemos necesariamente una mirada distinta, y por eso podemos acceder a los mismos textos conciliares desde otra perspectiva. Ante nosotros aparece pues una «nueva hermenéutica», que es la que presentamos en estas páginas. Al abordar los dieciséis documentos emanados del concilio, uno experimenta una cierta desolación, pues cree verse ante unos textos expresados en un lenguaje más o menos solemne, en el que no sabe cómo orientarse. Por eso, aquí procedemos a una lectura orgánica –organizada– de los textos, agrupándolos según los distintos núcleos temáticos desarrollados en el Vaticano II.

Proponemos pues aquí una brújula para aventurarse en este inmenso mar de textos y navegar en el concilio; con esta ordenación, tal vez será más sencilla su comprensión. El espíritu del concilio lo hemos visto sobre todo en los textos conciliares, más que en los comentarios, a los cuales hemos acudido también. En ellos se percibe la novedad y la larga historia que presentan. En estas páginas es propuesta tan solo una visita guiada, una invitación a la lectura: una puerta de entrada a los mismos textos conciliares, que pueden ser plenamente comprendidos por el lector o la lectora contemporáneos. Empezaremos por el contexto histórico-

religioso del concilio, con especial alusión a las ideas teológicas; tras esto describiremos el desarrollo de las tareas conciliares, sobre todo desde el punto de vista histórico; en fin, realizaremos una consideración particular de los documentos conciliares, desde el punto de vista teológico.

Por último, debo dar las gracias en primer lugar a mis alumnos del curso «El concilio Vaticano II: Historia, contexto y doctrina», por la acogida y sus continuas sugerencias. Debo también agradecer sus ideas y colaboración a mis colegas José Morales, José Luis Illanes, Pedro Rodríguez, César Izquierdo, José Ramón Villar, Juan Luis Lorda, Vicente Balaguer, Ramiro Pellitero, Félix María Arocena, Carlos Soler y Santiago Casas, de la Universidad de Navarra; así como a Santiago Madrigal y Ángel Cordovilla de la Pontificia Universidad de Comillas y Gabriel Richi de la Universidad Eclesiástica de San Dámaso, en Madrid; Santiago del Cura de la Pontificia Universidad de Salamanca; José Luis Cavia en la Facultad de Teología del Norte de España; Jaume González de la Facultad de Teología de Cataluña; Johannes Grohe y Miguel de Salís en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz y Salvador Pié en la Universidad Gregoriana, en Roma. La experiencia nos ha enseñado cómo el concilio se ha adelantado a la historia, por lo que podemos empezar a intuir su carácter profético. Espero que estas líneas ayuden a entenderlo.

*Pamplona, 8 de diciembre de 2015,  
50º aniversario de la clausura del concilio Vaticano II*